



UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ
ESCUELA DE GOBIERNO

J U N I O 2 0 1 1

¿POR QUÉ EL APRENDIZAJE DEL CHINO MANDARÍN PUEDE GENERAR BENEFICIOS DE LARGA DURACIÓN EN EL BIENESTAR DE UN PAÍS COMO CHILE

P A P E R

RODRIGO A. FÁBREGA-LACOA, PH.D UCORP-CHILE;
JORGE A. FÁBREGA-LACOA,
PH.D UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ-CHILE
Y KARINA F. PIÑA PÉREZ MBA (C)
CORPORACIÓN CRUZANDO EL PACÍFICO-CHINA

DRAFT

Paper

**¿Por qué el aprendizaje del Chino Mandarín puede generar
beneficios de larga duración en el bienestar de un país como Chile?
Apostar por aprender Mandarín**

Rodrigo A. Fábrega-Lacoa, Ph.D
Ucorp-Chile

Jorge A. Fábrega-Lacoa, Ph.D
Universidad Adolfo Ibáñez-Chile

Karina F. Piña Pérez, MBA (c)
Corporación Cruzando el Pacífico-China

Con la colaboración de:

Luis Schmidt Montes
Embajador de Chile en China

Felipe Cousiño Donoso
Director de Relaciones Internacionales
Ministerio de Educación de Chile

Francesca Hanshing Urra, MBA (c)
Agencia Hanshing - China

Santiago, Beijing
Junio 2011

¿Por qué el aprendizaje del Chino Mandarín puede generar beneficios de larga duración en el bienestar de un país como Chile?

INTRODUCCIÓN

DISCURSO EMBAJADOR

Tercer Seminario Internacional Relaciones Económicas y Comerciales Sino-latinoamericanas Universidad de Economía y Comercio Internacional (UIBE)

Estimado Sr. Rector,

Estimados académicos, profesores y alumnos:

Les agradezco la invitación que han hecho a mi persona para participar en esta ceremonia inaugural del Seminario de Relaciones Económicas y Comerciales entre China y Latinoamérica, que organiza la Universidad de Economía y Comercio Internacional.

Me gustaría informarles que en diciembre de 2010, China y Chile conmemoraron el 40° aniversario de sus relaciones bilaterales, una iniciativa que nos permitió ser el primer país de Sudamérica en tomar esta decisión e iniciar, de esta forma, cuatro décadas de acercamiento y amistad entre los dos países más alejados del planeta.

Nuestra relación bilateral se ha fortalecido, especialmente, en el intercambio comercial, el que alcanzó a US\$ 25.624 millones, lo que convierte a China en nuestro principal socio comercial de Chile y mi país, el segundo más importante de América Latina, tras Brasil.

Pero más allá del tema comercial, nuestra tarea como Embajada de Chile es reforzar también todos aquellos ámbitos que permitan un mayor y mejor acercamiento entre nuestros pueblos.

Yo he tenido el privilegio de haber visitado China desde hace más de 20 años. No obstante esta larga experiencia, en cada viaje descubro una faceta nueva de China que me sorprende y fascina y me abre un mundo de interrogantes que busco contestar.

Entiendo que la misma fascinación y deseo de conocer más de uno y otro país, son el anhelo de mis compatriotas que han llegado en número importante a las aulas de las universidades chinas a aprender el idioma chino mandarín, una herramienta esencial en la comprensión de la cultura de todo país.

En Chile existe un creciente interés por la cultura china. En este sentido, desde el año 2005 se viene desarrollando un proyecto para incorporar al chino mandarín como segunda lengua extranjera en los establecimientos de educación media municipalizados y subvencionados. Igualmente, existen a la fecha dos Institutos Confucio, uno en la ciudad de Santiago, bajo el alero de la Pontificia Universidad Católica de Chile (inaugurado en mayo del 2009), el segundo ubicado en la ciudad de Viña del Mar y que funciona inserto en las dependencias de la Universidad Santo Tomás, inaugurado el 29 de abril de 2008.

En sentido contrario, vemos con gran interés la posibilidad que el programa académico titulado Cruzando el Pacífico, que cuenta con el auspicio de la UIBE, le dará posibilidad a los estudiantes chinos para que viajen a Chile para continuar sus estudios de español o bien, aprovechar las variadas alternativas académicas y laborales

que hoy día se ofrecen. Porque entiendo que a medida que la imagen de Chile mejora gracias al incremento del intercambio comercial y se hace más patente nuestras cualidades como país serio, *amigo de China* y con altos niveles de vida; despierta, igualmente, mayor interés en las familias chinas la alternativa de enviar a sus hijos a estudiar una carrera técnica, perfeccionar su español, o bien, posgrados o MBA.

Por ello, cada vez se hace más frecuente este tipo de consultas ante nuestro consulado y sección cultural, sobre cuáles son los requisitos para estudiar en Chile y si existe algún tipo de beneficio para los postulantes.

Haciendo un poco de historia, les informo que en el año 1980, se implementó un nuevo marco normativo permitió la creación y funcionamiento de instituciones de educación superior privadas sin financiamiento estatal, y dispuso la reestructuración de las universidades estatales existentes a la época,

Este nuevo marco normativo estableció que son instituciones de educación superior a las Universidades, los Institutos Profesionales y a los Centros de Formación Técnica que han obtenido el reconocimiento oficial del Estado. Hoy en día existen 179 instituciones de educación superior, las que albergan a más de 750 mil estudiantes de pregrado.

Se reconoce oficialmente tres tipos de certificaciones académicas: Títulos Técnicos de nivel superior, Títulos Profesionales y Grados Académicos.

En Chile, las universidades se encuentran facultadas para otorgar toda clase de títulos y grados, los institutos profesionales sólo pueden otorgar títulos profesionales y títulos técnicos de nivel superior, mientras que los centros de formación técnica sólo se encuentran habilitados para entregar títulos técnicos de nivel superior.

Mantengo la esperanza que gracias a iniciativas como el presente seminario que hoy se inaugura, junto al empuje y esfuerzo de académicos, alumnos y profesores que hoy nos acompañan; la relación entre Chile y China alcanzará en el corto plazo nuevos records y pionerías, pero esta vez en el ámbito académico y cultural.

Finalmente, permítanme finalizar estas breves palabras parafraseando a un conocido filósofo de la Dinastía Tang que dice Chile y China son amigos y al igual que las estrellas, pese a estar lejanas, podemos vernos mutuamente al mismo tiempo, lo que permite acortar las distancias que nos separan. 海内存知己，天涯若比邻” (唐·王勃《送杜少府之任蜀州》).

¿Por qué el aprendizaje del Chino Mandarín puede generar beneficios de larga duración en el bienestar de un país como Chile?

En el siglo XIX nadie podría haber pasado por educado si no sabía francés, en el siglo XX si no sabía inglés. La situación para el siglo XXI parece ser distinta, no habrá un nuevo idioma que tenga tanto poder para desplazar a otros. El camino que viene parece ser el plurilingüismo. Será entonces cierto aquello que se dice, conocer idiomas es poder. A estas alturas del siglo XXI pocas dudas caben de ello y los gobiernos han retomado la idea de promover la enseñanza de más de un idioma en sus escuelas, por ejemplo el Council of Europe ha explicitado una política al respecto, de la misma manera como lo hace el Center for Applied Linguistics de los Estados Unidos de Norteamérica entre otros.

Si bien en Chile se han hecho esfuerzos para asentar la enseñanza del inglés como idioma extranjero, emerge como tendencia mundial el interés por aprender chino mandarín. ¿por qué deberíamos aprender mandarín? ¿será esta una moda, como otras, en el campo de la educación? o ¿es una tendencia de la cual no tiene mucho caso resistirse?

Estas son las preguntas que aborda este grupo de trabajo. Durante 8 meses se realizaron 3 talleres para discutir y comprender desde la perspectiva de una política lingüística.

El estudio está organizado en cuatro secciones. En la primera sección ilustramos cómo el mundo pasó de ser uno policéntrico a finales del siglo XVIII a otro eurocéntrico durante los dos siglos siguientes. Dicho proceso explica porque es común pensar en la historia de la modernidad como la historia de la occidentalización del planeta.

En la segunda sección se analizan los principales factores que explican la particularidad de China. Planteamos que existe una mentalidad china que es distinta en aspectos esenciales a la mentalidad occidental. A partir de ello, postulamos que la modernidad china no puede ser entendida como una mera occidentalización de su sociedad.

En la tercera sección analizamos el chino mandarín como vehículo de difusión de la cultura china. Su penetración en otros países y los esfuerzos del gobierno chino por expandir su aprendizaje en el mundo. Se concluye la sección planteando las razones por las que aprender chino mandarín es una apuesta visionaria con efectos de larga duración en el bienestar de los países que formen a parte de sus habitantes en el aprendizaje de dicho idioma.

La cuarta sección describe los primeros pasos en la enseñanza del mandarín en Chile y sus prometedores resultados.

Introducción:

Apostar por aprender Mandarín

En 1978, dos años después de la muerte de Mao, la República Popular China inició una serie de reformas pro-mercado focalizadas en el sureste de su territorio. Las reformas fueron implementadas con pragmatismo: los experimentos exitosos eran replicados en las provincias interiores y los fallidos eliminados rápidamente. Los objetivos eran, primero, impulsar la inserción de la economía China en los mercados globalizados (impulsando la inversión extranjera y reduciendo drásticamente las tarifas al comercio internacional) y, segundo, impulsar los mercados locales (para ello se entregaron tierras en concesión de largo plazo a los campesinos para que las cultivaran libremente, motivándolos para que comercializaran sus productos). El resultado de las reformas es elocuente: Creciendo a tasas promedio de un 10% anual, China logró duplicar el tamaño de su economía en tan solo 10 años y cuadruplicarlo en 30 años. Para dimensionar la escala que representa este cambio, considérese que al comenzar el siglo XXI, el producto geográfico bruto de la economía más grande del mundo, Estados Unidos, era ocho veces mayor al chino y al finalizar la primera década del siglo la brecha ya se ha reducido a la mitad. El año 2010 China superó a Japón en su PGB y es ahora la segunda economía del mundo. Las proyecciones apuntan a que la brecha seguirá reduciéndose hasta que el 2027 China se transformará en la economía más grande del mundo (Ferguson, 2009).

El motor de este crecimiento explosivo ha sido la inversión (sobre el 40% del producto geográfico bruto sostenido por más de dos décadas). En una primera etapa, dicha inversión se sostuvo en una agresiva inversión exterior (especialmente de Hong Kong cuando aún no eran reintegrados al país) y la instalación de empresas extranjeras que representan sobre el 60% de las exportaciones chinas. Pero el crecimiento exponencial de las exportaciones ha permitido reemplazar la fuente de inversión por ahorro interno el cual ha aumentado desde un 30% en 1981 a más del 45% a mediados de la primera década del siglo XXI. Como resultado, actualmente, la familia china promedio ahorra un cuarto de su ingreso, una cifra astronómica comparada con el poco más de 6% que ahorra la familia promedio en los Estados Unidos (Jacques, 2009, p. 160).

La transformación económica de China ha ido de la mano de un cambio radical de la composición de su economía, su fuerza laboral y sus ciudades. Con las reformas se desencadenó un proceso migratorio desde el campo a la ciudad y desde el trabajo agrícola al industrial que ha reducido la importancia relativa del agro en el producto geográfico bruto en tiempo record desde un 60% a mediados del siglo XX a poco más del 15% al inicio del siglo XXI.

Al ser China el país con la mayor población del mundo, la escala de los cambios que está experimentando supera todo lo observado previamente en la historia de la modernización en cualquier país del planeta. Por ello, la transformación de China está siendo monitoreada con atención por intelectuales, políticos y empresarios en todo el orbe. El interés se debe tanto a factores internos de China (tales como su historia milenaria, su régimen político, su gran tamaño y su idioma, entre otros tópicos) como a factores externos a la misma (entre otras, el impacto de sus importaciones y exportaciones en los mercados internacionales, la complicada situación financiera de los Estados Unidos, el impacto medioambiental de sus emisiones contaminantes, la relativa declinación de poder de algunas instituciones multilaterales generadas bajo la influencia norteamericana como las Naciones Unidas y el surgimiento de nuevas formas de institucionalidad internacional).

Ahora bien, hace diez años, no existía consenso entre los especialistas sobre cómo interpretar el impacto que tendría el desarrollo chino en el orden geopolítico mundial y los mercados internacionales (Plate, 1999), pero al finalizar la primera década del siglo XXI dicho consenso se ha instalado por el peso de la evidencia (Ferguson, 2009). Los hechos sugieren que estamos ante el surgimiento de un nuevo orden mundial.

Ahora bien, la novedad que ha motivado a muchos a pensar que estamos ante el surgimiento de un nuevo orden mundial no se basa sólo en el desempeño económico logrado por China. Después de todo, otras naciones asiáticas también han experimentado milagros económicos similares y lo han hecho antes que ella. A inicios de la década de 1970, Malasia, Tailandia e Indonesia ya habían iniciado su proceso de desarrollo económico. Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur (los denominados tigres asiáticos) ya llevaban veinte años de crecimiento a altas tasas cuando China recién implementaba sus primeras reformas. Y cien años antes sus vecinos Japón había iniciado su despegue económico. Por eso, si restringimos la mirada sólo al ámbito económico, es comprensible que a finales del siglo XX, todavía existiera escepticismo sobre los reales efectos mundiales que tendría el desarrollo económico chino.

No obstante, si analizamos el fenómeno más comprensivamente, la razón para pensar que sí estamos ante el surgimiento de un nuevo orden mundial no descansa sobre la abstracción de las cifras sino sobre la particularidad que esas cifras se produzcan en China. La novedad histórica es China en sí misma. Antes de la Revolución Industrial, China era una de las regiones más dinámicas y avanzadas del planeta y su despertar obedece menos a influencias foráneas como al aprovechamiento de condiciones que permanecieron prácticamente dormidas en ese período. Como ilustración, considérese que Europa (y por su intermedio, el resto del mundo) le deben a la China milenaria importantes avances tecnológicos y científicos en hidráulica, agricultura, matemáticas, teoría musical, navegación, entre muchas otras áreas del conocimiento. De su vasto territorio salieron al mundo occidental desde la pólvora, el sismógrafo y la brújula hasta las rosas, el brandy, el whisky, el té, el papel, sin dejar de mencionar los limones, las naranjas y los duraznos (Adshead, 2000).

Pero su influencia sobre el resto del planeta se detuvo justamente cuando, con la modernidad, Europa despegó económicamente. En ese tiempo, China se mantuvo “al margen” y “aislada” mientras Europa extendía su influencia por todo el orbe. Y mucho aconteció en aquellos doscientos años. Las ideas e instituciones creadas en Europa fueron trasplantadas y copiadas a lo largo y ancho del orbe. De tal modo que el orden mundial fue configurado en torno a Estados-naciones independientes, con constituciones políticas y elecciones, organizados en torno a un centro de poder conformado por un grupo pequeño de grandes potencias industrializadas, en su mayoría, de origen Europeo. En estos doscientos años, se instaló con fuerza la creencia en un ideal de progreso basado en la superioridad tanto moral como económica de la democracia liberal, con mercados abiertos, y tendiente a la formación de una sociedad de masas integrada por una gran población consumidora de clase media.

Entonces, la novedad es que ese gigante que ahora despierta logra en poco tiempo lo que en otros rincones del mundo ha costado muchas décadas o, simplemente, no se ha podido. Y lo logra a su manera, es decir, sin las instituciones que constituyen aquél ideal del progreso.

Por ello, la disyuntiva que será resuelta en las próximas décadas es si este despertar de China irá o no de la mano de un proceso de occidentalización de sus costumbres e instituciones. Es decir, hasta qué punto su apertura al mundo conllevará también un proceso de adopción de influencias foráneas y hasta qué punto será el resto del planeta el que será influido y deberá adaptarse a China y sus propias creencias e instituciones. De ello depende el rol que juegue China en modificar el orden mundial que surgirá con su creciente poder e influencia.

En este documento exponemos brevemente las características de los cambios que está experimentando China. A partir de dicha exposición sostendremos que la modernización de China no debe ser interpretada como un proceso de occidentalización de sus costumbres e instituciones. Las bases para dicha afirmación descansan en la continuidad cultural que posee China por al menos 3000 años. Bajo ese horizonte de tiempo, es más apropiado pensar en China como una civilización más que como un estado-nación. Por ende, es más adecuado entender la actual modernización por la que transita China como un proceso mediante el que el pueblo chino siente que

recupera su centralidad en el orbe y no como un proceso en el que dicha población siente que alcanza estadios de desarrollo previamente logrados por otras naciones.

Clave para entender la particularidad de China es constatar que a diferencia de Europa, China no experimentó una ruptura cultural como base de su origen moderno. Fundamentales para la mantención de su unidad han sido el confucianismo, el compartir un mismo sistema gramatical en todo su territorio, su homogeneidad racial y una concepción del Estado cuya legitimidad no descansa en los procedimientos, sino en la mantención de la unidad de la civilización china. Todo lo anterior permite esperar que el mandarín tendrá un rol más importante en las relaciones de China con otros países a medida que su poder económico, militar y político reviva y fortalezca el orgullo nacional del pueblo chino. Por ello, el aprendizaje del mandarín como segunda o tercera lengua abre una oportunidad a individuos y naciones a lo largo del orbe que, de cumplirse las expectativas de crecimiento y desarrollo proyectados para China, tendrá efectos de largo plazo sobre su propio bienestar.

1. El Despertar del Dragón

1.1 Divergencia de caminos de dos civilizaciones: El ascenso de Europa y Estados Unidos versus el aparente estancamiento de China entre 1800 y 1978.

Hasta finales del siglo XVIII, Europa (en especial, Gran Bretaña) no se encontraba en una etapa de desarrollo económico más avanzada que China e incluso en algunos aspectos China poseía una ventaja considerable. Por ejemplo, el comercio de productos agrícolas en largas distancias en China (lo más parecido al comercio internacional actual) era cinco veces superior al que se comerciaba en largas distancias en Europa (Pomeranz, 2000). Dicho dinamismo descansaba sobre bases sólidas formadas tras un largo proceso de desarrollo de mercados libres en China que no había tenido correlato en la Europa feudal del Medioevo. Ello porque mientras los campesinos chinos de la época medieval eran libres y dueños de su cosecha, los campesinos europeos eran sirvientes de sus señores feudales y no tenían la libertad para comerciar sus productos fuera de los territorios de su señor. Todo aquello contribuyó a la formación de una mentalidad comercial sofisticada en la población china y al desarrollo de un espíritu emprendedor propicio para la innovación tecnológica. Ambos aspectos eran visibles en la época en que Inglaterra aún no iniciaba su revolución industrial.

Otros indicadores tampoco muestran una clara ventaja de Europa sobre China hacia comienzos del siglo XIX. Por ejemplo, la esperanza de vida al nacer en China y Europa eran similares (en rangos que oscilaban entre los 35 y 45 años, según género y zona), la ingesta de calorías eran del orden de 2.500 calorías por adulto equivalente en Europa y 2.600 en China y las tasas de natalidad tampoco diferían sustancialmente (Pomeranz, 2000). En suma, no existían razones para pensar que Europa poseía una ventaja sustancial sobre China ni en capacidades, capital, espíritu emprendedor, calidad de vida, ni conocimientos hacia finales del siglo XVIII. Todo lo anterior, hasta la invención de la máquina a vapor en Inglaterra.

Si en el siglo XVIII no había muchas diferencias entre China y Europa y en muchos aspectos China aparecía como una zona más desarrollada, en el siglo XIX, las similitudes se desvanecieron. Mientras Gran Bretaña iniciaba un largo período de expansión que la llevaría a ser la primera gran potencia de la historia moderna, China se sumergió en un proceso de estancamiento económico hasta finales de 1970. Pomeranz (2000) sugiere que parte importante de la divergencia entre ambas regiones a partir del siglo XIX -sobre las cuales se funda el orden mundial actual- radica en un hecho fortuito más que en una supuesta superioridad europea. Hacia 1750, ambas regiones enfrentaban un proceso maltusiano que reduciría inevitablemente sus capacidades de desarrollo. Tanto Europa como China se enfrentaban al dilema de alimentar a una población creciente con stocks decrecientes de

tierras cultivables y recursos energéticos. No obstante, Europa pudo evitar las restricciones que imponía la escasez de tierras gracias a dos factores: la colonización, que permitió acceder a una fuente prácticamente ilimitada de nuevas tierras y recursos naturales; y la sustitución de tecnologías intensivas en mano de obra por máquinas a vapor gracias al descubrimiento de grandes reservas de carbón como fuente de energía alternativa a la madera.

En aquella época, China también poseía grandes reservas de carbón en la zona norte de su territorio, que en la actualidad está utilizando como recurso energético, pero los costos de transporte de la época eran prohibitivamente altos para hacer atractiva la sustitución de la madera como fuente energética. El resultado fue que China se vio forzada a entrar en una época de estancamiento económico y, en paralelo, Europa influida por la rápida revolución industrial en Gran Bretaña, inició un largo período de expansión económica, militar y de influencia global que dio forma al orden mundial que predominó durante todo el siglo XIX.

1.2 La Supremacía de Occidente

El desarrollo europeo del siglo XIX se consagró en la emergencia de varios imperios colonizadores entre los cuales el más poderoso fue el británico. Dichos imperios europeos mantuvieron su vigencia y expansión hasta que se enfrentaron unos a otros en la primera guerra mundial. Tras dicha guerra, su declinación fue rápida y terminó con la ascendencia de los Estados Unidos como superpotencia después de la segunda guerra mundial. No obstante por el origen anglosajón de Estados Unidos, la caída de Europa y ascenso de este último ha tenido mucho de continuidad histórica de la influencia occidental sobre el resto del orbe. De forma tal que el rol supervigilante que adquirió Estados Unidos al ser la única superpotencia vigente a finales del siglo XX constituye el punto más álgido de un orden mundial occidentalizado.

Para explicar la occidentalización del orden mundial actual es necesario tomar en cuenta un factor político que se suma a los aspectos económicos mencionados en la sección anterior: hubo una importante divergencia entre las prioridades de la élites políticas en China y Europa al inicio del siglo XIX. La élite política europea de la época fue receptiva ante las nuevas posibilidades de desarrollo industrial y expansión territorial que se abrieron con las nuevas tecnologías basadas en el uso del carbón y la colonización. En virtud de aquello, los Estados-nación europeos se transformaron en máquinas militares con intenciones imperialistas y expansionistas. En cambio, el confucianismo del estado chino (que ya era un imperio), estaba más preocupado de mantener un equilibrio armonioso entre las distintas regiones bajo su dominio y, por ende, fue reticente a desencadenar un proceso de desarrollo que inevitablemente produciría inequidad entre sus regiones (Jacques, 2009).

En gran medida, el desinterés de la elite política china -antes del ascenso de Deng Xiaoping tras la muerte de Mao- por maximizar riqueza mediante mecanismos de mercado se debía a que, en China, el control político nunca fue (y nunca ha sido) compartido o desafiado por élites económicas con poder autónomo al poder estatal. Mientras los gobiernos europeos siempre tuvieron que compartir el poder con otras fuerzas políticas, desde la naciente burguesía hasta las organizaciones religiosas, el gobierno chino nunca enfrentó amenazas a su hegemonía. Así, en China, los mercaderes dependían de relaciones con las elites gobernantes para mantener y proteger sus negocios. En cambio, en Europa, las élites mercantiles se transformaron en un grupo con poder autónomo dentro de cada Estados-Nación de forma tal que las élites políticas fueron forzadas a compartir el poder político con ellas. Todo lo cual contribuyó a la formación de un Estado sensible a la protección de los intereses comerciales de sus elites económicas, generador de reglas de protección de sus derechos de propiedad y promotor de la expansión de su riqueza.

Las consecuencias económicas de la gran divergencia que separó los destinos de Europa y China durante el siglo y medio posterior fueron inmensas. El naciente imperio británico aumentó rápidamente su poderío militar y económico, así como, su influencia cultural en el orbe. Por ello, a mediados del siglo XIX, China no pudo contrarrestar la amenaza británica sobre su territorio cuando se negaba a abrir su comercio al opio proveniente de India (colonia británica en aquél entonces). El resultado fue que China fue invadida y derrotada en las guerras del opio. En los cien años posteriores, Europa se urbanizó e industrializó y China se mantuvo como una economía agraria y rural casi sin variaciones hasta mediados del siglo XX.

En suma, el siglo XIX se inició como un mundo policéntrico y paulatina pero sistemáticamente se transformó en otro eurocéntrico. La supremacía de Europa y, posteriormente de Estados Unidos, en el mundo moderno se ha traducido en una expansión de ideales, valores e instituciones surgidas como parte de la formación de los Estados-Nación europeos. En ese período, los idiomas nativos de europea se difundieron a través de las colonias a todo el orbe. Como el Imperio Británico fue la principal potencia y, posteriormente, Estados Unidos ocupó ese sitio, el inglés devino en la *lingua franca* del comercio internacional, las ciencias y el conocimiento. En la actualidad, todo lo anterior, implica que sea natural el pensaren el proceso de desarrollo como uno de creciente adopción de las costumbres e instituciones surgidas en la civilización europea. Esto es: democracia, libertad individual, e igualdad sin distinción de credo, raza o cualquier otra característica adscrita de los individuos.

1.3 Modernización como Occidentalización

En toda sociedad, la bonanza económica motiva a sus habitantes a sentirse orgullosos de sus orígenes, a valorar sus modos de vida y sus instituciones. Por ello, el éxito económico que está experimentando China debería motivar en su población una revalorización de sus raíces, tradiciones y costumbres, siendo clave para ello vitalizar su idioma. Como aquella es una historia que está todavía por escribirse, es útil, a modo de ilustración, mirar como dicho proceso se dio en el caso europeo y norteamericano.

En la raíz de la civilización europea moderna existe un profundo sisma cultural. Tal sisma se había iniciado en el siglo XVI, tras las guerras religiosas entre católicos y protestantes que se derivaron de las reformas luteranas y, posteriormente, revivieron en las luchas de clases sociales en el proceso de formación de los Estados-nación y en las sucesivas luchas que se generaron en su proceso de industrialización entre clases obreras y capitalistas.

Por eso, cuando se produjo el despegue económico en los países europeos, la población no tenía en el pasado reciente muchos sobre lo cual basar el orgullo que sentían por el éxito presente. De aquí que la necesidad de reconstruir sentidos sobre los cuales basar la vida en común motivó la valorización tanto del pasado lejano como del futuro imaginado. Básicamente, tres aspectos comunes de su pasado adquirieron relevancia: (i) una reinterpretación benévola de la democracia ateniense (destacando su concepción de ciudadanía y su predisposición al debate como fundamento desde el cual se ha de construir un orden consensuado), (ii) la constitución de un imperio legal fundado en las leyes del antiguo imperio romano (sobre el cual se construyó la noción de un contrato constitucional mutuamente vinculante entre individuos originalmente autónomos y la protección de los derechos de propiedad) y (iii) la secularización de la influencia judeo-cristiana (abstrayendo de ella, primero, la noción de ser todos hijos de Dios y transformándola en la filosofía según la que todos somos iguales y; segundo, rescatando de la escatología cristiana de la salvación más allá de la muerte la idea según la que el sentido de las cosas está en el futuro y no en el pasado).

Con el apogeo que se inició con la revolución industrial, Europa se reinventó sobre los tres pilares anteriores como un territorio donde el vínculo social se fundamentaba sobre el debate entre iguales que se realiza en la

arena pública y que luego se transforma en reglas vinculantes de carácter constitucional. Todas estas ideas dieron un sentido de continuidad al proceso de transformación que sufrió Europa con la revolución industrial y política de los siglos XVIII y XIX. De este modo, el éxito económico pudo ser acompañado de un discurso y sentido identitario, un sentido civilizatorio. Como resultado, hacia 1800, en Europa había emergido un conjunto de activos culturales tales como el principio de racionalidad, el marco de la ley, la división de poderes del Estado, la creencia en la igualdad entre los hombres y la noción de Progreso. Esos principios dotaron de sentido al capitalismo que emergía con la Revolución Industrial.

Las ideas y las instituciones creadas en Europa aparecen en la actualidad tan omnipresentes que es difícil imaginarse un proceso de desarrollo que no se funde en estos principios. En breve, esos principios suponen un matrimonio indisoluble entre capitalismo y democracia. La penetración de esta idea es de tal magnitud en las sociedades occidentalizadas que cualquier variante de desarrollo que no se ajuste a esos cánones es entendida como una sociedad en transición, esto es, una sociedad que no está plenamente desarrollada.

En otras palabras, existe en el imaginario colectivo la impresión que, para tener éxito, todo nuevo aspirante al desarrollo debería “occidentalizarse”, es decir, apropiarse de esas ideas e instituciones. Es posible que – como indicara Max Weber –el acervo cultural genuinamente europeo fuese fundamental para el desarrollo de un espíritu capitalista y, por ende, toda región que desee alcanzar el desarrollo debería experimentar un proceso de asimilación de dicho acervo cultural. Si ello es cierto, todo proceso de desarrollo debería tener al menos las seis características que Ferguson (2009) destaca en el despegue europeo: (i) basar la actividad económica en empresas capitalistas, (ii) adoptar el método científico, (iii) crear un sistema legal y político basado en la propiedad privada y los derechos individuales, (iv) poseer una voluntad expansionista, (v) desarrollar una ética del trabajo centrado en la acumulación y (vi) formar una gran masa consumidora.

China está transitando por un proceso de desarrollo que cumple todos los criterios de Ferguson excepto el tercero. De aquí que sea un lugar común mirar a China con ojos occidentales, preguntándose cuánto tiempo más resistirá el régimen comunista chino las (a ojos de Europa) inminentes presiones de su población por más libertades políticas. No obstante, como el pueblo chino no ha sufrido un proceso de quiebre cultural como el experimentado por Europa, tampoco posee una mentalidad centrada en el individuo libre y autónomo y no concibe al Estado como un contrato social. Lo que es importante de rescatar para los fines de este documento es que, mirado en retrospectiva, la naciente modernidad China podría darse sin occidentalización.

El despegue económico de la civilización europea del siglo XIX se dio a partir de condiciones que no son extrapolables al despegue que está experimentando la civilización China al iniciarse el siglo XXI. Primero, cuando Europa se desarrolló no existía una amenaza externa como la que siempre han experimentado todas las sociedades que se han modernizado después de los países europeos (excepto por Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelandia que por afinidades culturales siempre recibieron tratos distintos a otras colonias y territorios extraeuropeos). Segundo, como se indicó al inicio de esta sección, Europa pasó por un largo período de conflictos internos, primero de origen religioso y luego de origen ideológico. Y tercero, las guerras fratricidas europeas, el permanente conflicto, y el consiguiente quiebre cultural contribuyó en Europa al desarrollo de una concepción del hombre como individuo autónomo que debe debatir racionalmente sus ideas con otros, sobre las cuales deberá crear instituciones para generar orden. Todo lo anterior es muy distinto a la mirada de las culturas del sudeste asiático y China donde la unidad esencial de la sociedad son grupos, no individuos.

Europa, sus colonias y EEUU fueron los únicos lugares del Orbe donde se produjo industrialización en la primera mitad del siglo XIX. Ello tuvo largas consecuencias en el siglo XX. Empezando por el sistema de comercio. El mayor poder en el mundo de la época, el Imperio Británico, impuso un nuevo sistema de comercio de acuerdo a sus intereses. Dicho orden consistió en vender productos manufacturados a sus colonias y comprar alimentos y

materias primas desde ellas. Convenientemente, la expansión del ideal de la política de *laissez-faire* le permitió tomar ventaja de su superioridad industrial y su superioridad militar le permitió prevenir los esfuerzos proteccionistas de las nacientes industrias en otras naciones.

Hacia la cuarta parte del siglo XIX, la hegemonía de Europa era total. A ningún otro territorio excepto aquellos con claras afinidades raciales con Europa (Australia, Nueva Zelanda, Canadá) se les permitió competir industrialmente con el centro europeo. La bonanza de los imperios europeos se acrecentó alcanzando su punto más álgido en la primera década del siglo XX. Finalmente, en 1914, los intereses expansionistas de los distintos imperios colisionaron desencadenando la primera guerra mundial. Mortalmente heridos, su declinación definitiva como centro del mundo se dio al finalizar la segunda guerra mundial con la oleada de procesos independentistas (India, casi toda África, Indonesia, China, etc.) y la paralela emergencia de Estados Unidos. Simultánea pero irremediamente, su población (entre ella sus mejores científicos) emigró masiva y silenciosamente hacia los Estados Unidos, el hijo que superaba al padre.

El despegue económico que vive China no se da en un contexto en el que el mundo sigue siendo eurocéntrico, sino en otro donde la única superpotencia vigente es los Estados Unidos. Este país representaba menos de un 2% del producto mundial hacia 1820. Hacia 1870, su producto era similar al de Gran Bretaña (en torno al 9%). Hacia 1914, Estados Unidos ya era la principal economía del mundo y después de 1945 la principal superpotencia mundial. En dicho proceso, su moneda pasó a ser medio de cambio internacional y sus universidades empezaron a atraer a las mentes más brillantes de Europa que huían de un territorio bélico. El mundo post segunda guerra mundial se creó bajo la supervisión de la nueva superpotencia americana, al punto que las sedes de los organismos de la diplomacia y las finanzas internacionales (Banco Mundial, FMI, GATT, etc) se ubicaron en su capital.

Ahora bien, a diferencia de Europa, la modernización de los Estados Unidos no surge sobre estructuras sociales preestablecidas. Pero tampoco sobre la base de una raza común. Aquello permitió a los padres fundadores del estado norteamericano crear un sistema de reglas basados en principios abstractos de igualdad e individualidad sobre el que descansa la idea del sueño americano. Así, el acceso a oportunidades se elevó como un ideal para todos y el modelo del *self-made man* americano dio origen a una gran mercado de consumidores.

Pese a estas diferencias, existe una clara línea de continuidad entre la supremacía de Europa y la posterior supremacía de los Estados Unidos (partiendo por el idioma). En 1989, la caída del muro de Berlín simbolizaba el fin de la guerra fría y dejaba a los Estados Unidos como la única superpotencia mundial en un mundo donde las sociedades de Europa del Este transitaban hacia regímenes tanto políticos como económicos más parecidos a los del mundo occidental. El cambio histórico abría un período en el que el capitalismo con democracia parecía imponerse como modo de organización social superior a todas las otras alternativas. Ese hecho motivó a algunos académicos a pronosticar que en el futuro mediato todos los países desaventajados seguirían procesos de democratización e integración en un emergente sistema económico de escala planetaria dominado por la combinación de poder duro y blando emanado de los Estados Unidos. Al finalizar el siglo XX, doscientos años después de la gran divergencia, occidente consagraba su dominio sobre el mundo al punto que modernización y occidentalización eran entendidos como sinónimos.

No obstante, al iniciarse el siglo XXI el orden mundial occidentalizado está cambiando de la mano de una creciente influencia del este asiático, especialmente China, y un debilitamiento relativo de las condiciones que transformaron a Estados Unidos en la única superpotencia que sobrevivió al siglo XX.

1.4 Modernización sin Occidentalización

En 1989, la caída del muro de Berlín sugería un mundo no occidental en decadencia. La interpretación compartida durante la década de 1990 era que desaparecían los últimos bastiones de desarrollo que no respondían plenamente a los ideales de una democracia capitalista. Fukuyama (1992) es el que mejor resume el espíritu de la época al argumentar que tras la caída del muro de Berlín, las luchas ideológicas se habían acabado y el liberalismo se había impuesto como el único sistema posible en un mundo desarrollado. En dicho ambiente, se pensaba que los días de China estaban contados. No obstante, veinte años después de aquél episodio, no se vislumbran esas transformaciones como parte del futuro imaginable de China en las próximas décadas. Jacques (2009) incluso sugiere que el pragmatismo y flexibilidad con la que opera el régimen comunista chino en la práctica no torna imposible la coexistencia de un gobierno comunista centralizado con experiencias locales de mayor democracia en algunas regiones del país.

Ese pragmatismo es una necesidad que supera cualquier intento de control ideológico. Ello debido a la escala que posee China. Mientras Estados Unidos inició su expansión económica cuando la habitaban poco más de 40 millones de habitantes hacia 1870. En 1978, cuando China inició su propio despegue económico era habitada por 960 millones de personas. La magnitud de la transformación que está experimentando China en pleno proceso de industrialización sería inmanejable por un gobierno centralizado que intente mantener un férreo control de todo cuanto acontece en su territorio. Al final el siglo XX, el régimen político chino seguía fundamentalmente intacto y al mando de una revolución industrial

Paralelamente, un ataque terrorista sobre las torres gemelas – uno de los mayores símbolos del poder americano – iniciaba una década muy complicada para Estados Unidos donde ejercería un unilateralismo extremo en sus relaciones internacionales que no le permitió aumentar su poderío militar y que, en cambio, lo embarcó en aventuras militares que han generado más dudas que certezas sobre su capacidad de mantener su predominancia militar en el orbe, y que ha socavado parte de la legitimidad y la tácita aceptación de su rol de Estado líder y dominante con la que quedó tras la caída del bloque soviético. Poco tiempo después, el creciente déficit financiero de los Estados Unidos se catapultaría a niveles que no podrían ser pagados en una o dos generaciones. Las décadas de opulencia de los Estados Unidos como importador neto sólo podrán ser financiadas por sus futuras generaciones. Por ello es posible prever un ajuste y contracción de la sociedad de consumo americana en las décadas siguientes. Si aquello era previsible al iniciarse el nuevo milenio, la crisis financiera del 2008 lo transformó en una certeza. El colapso de su sistema financiero, obligó al gobierno de los Estados Unidos a la mayor intervención sobre el modelo económico de libre competencia en su historia reciente. De esta forma, la confianza en el neoliberalismo expresado en el Consenso de Washington se resquebrajaba al finalizar la primera década del nuevo milenio.

De tal modo que, al finalizar la primera década del siglo XXI observamos algunos signos de declinación en el poderío de los Estados Unidos. Jacques (2009) sostiene que Estados Unidos está enfrentando un período clásico de la declinación de un imperio consistente en la contradicción de tener que financiar su poderío militar (en el caso de Estados Unidos significa mantener más de 800 bases americanas distribuidas en el mundo) con falta de recursos derivados de una población acostumbrada a estándares de vida que ya no puede financiar (en este caso, un creciente déficit interno acompañado del hecho que Estados Unidos es un importador neto). A ello debemos sumar el declive de las instituciones de la diplomacia internacional creadas al alero de los Estados Unidos. Fallows (2010) cuenta que recientemente el CEO de una importante empresa de Silicon Valley planteaba que si bien es cierto que Estados Unidos sigue liderando en la producción de conocimiento (lo que se ratifica al observar que científicos instalados en su territorio sigan acumulando la mayor parte de los premios Nobel) en gran medida aquella superioridad fue construida con inversiones realizadas treinta o cuarenta años atrás que no podían ser igualadas por otras naciones, pero que sin embargo dicha supremacía se está diluyendo.

En suma, la visualización de un necesario ajuste en el patrón de consumo de la economía norteamericana, una necesaria reestructuración de su presencia militar fuera de su territorio y una lenta pero visible pérdida de su unicidad como polo de generación de conocimiento tornan natural que muchos observadores planteen que estamos ante el fin del ciclo de la hegemonía norteamericana. Al mismo tiempo, la emergencia de países en desarrollo como India, Brasil y China sugiere que los principales focos de las oportunidades se están gestando en sociedades que no son continuadores naturales del modelo anglosajón. Por ello, un futuro posible tras la declinación de la hegemonía norteamericana es el del fin de un ciclo de hegemonía occidental en el mundo y que, por ende, estemos ad portas de un período de transformaciones donde China será eje central.

Así, mientras Estados Unidos reduce su ventaja sobre otras naciones, el dragón que había permanecido dormido por más de siglo y medio ha despertado con energía. China no muestra atisbos de modificar su régimen político, se ha transformado en el principal exportador mundial, el principal prestamista de los Estados Unidos y uno de los actores claves en la contención de la mayor crisis financiera desde la Gran Depresión.

No obstante, en el mundo occidental todavía existe la sensación generalizada que las transformaciones que son esperables a futuro no nos enfrentarán a un orden social completamente nuevo, pues se parte de la base que China, para desarrollarse, tendrá que asimilar las instituciones, modos de vida y características que poseen los países desarrollados de Occidente. En otras palabras, como postulara Fukuyama (1992) se piensa que un mundo con China como superpotencia mundial no debería ser muy diferente al mundo que se ha desarrollado con el Imperio Británico primero y con Estados Unidos después en aquél rol. En esa línea, Fallows (2010) plantea un punto que obliga a moderar el asombro frente a los cambios que se avecinan. Un indicador de la supremacía de una sociedad sobre otras es el deseo que puedan tener personas nacidos en otros territorios a integrarse en esas sociedades adquiriendo su nacionalidad. Ello es algo que aún acontece con fuerza a los Estados Unidos, pero que está lejos de producirse en China. Según su propia experiencia tras vivir tres años en Beijing, Fallows concluye que los extranjeros que van a China lo hacen persiguiendo oportunidades, haciendo negocios o porque desean estar donde está cambiando el mundo, pero que es poco común que esos inmigrantes deseen adquirir la nacionalidad china. Así, la fascinación que produce China en muchos analistas no debe enturbiar el juicio al punto de concluir que estamos ante un cambio de guardián del orden mundial. El cambio será mucho menos dramático que aquello.

Mirado desde esa perspectiva, Fallows (2010) también realiza otro punto de moderación en las conclusiones. Es inevitable que China algún día produzca más que los Estados Unidos, simplemente, porque tiene una población cuatro veces mayor. Por eso, sugiere, lo importante no es que China supere a Estados Unidos (para ello basta que su población alcance un cuarto de la productividad de la población norteamericana), sino que se transforme en imán de las mentes más creativas o en general de capital humano específico. Si bien es cierto que China posee el sistema universitario más grande del mundo con más de 20 millones de estudiantes universitarios, los incentivos de sus mejores investigadores sigue siendo emigrar a los Estados Unidos por la mayor disponibilidad de fondos y rigurosidad científica.

Todo lo anterior sugiere una tendencia esperable a futuro en la que China emergerá como un actor importante, pero Estados Unidos no será desplazado a un segundo o tercer plano. Es decir, no estamos ad portas de un colapso de occidente sino ante la perspectiva de un retorno de un mundo policéntrico como el que existía al final del siglo XVIII. Con todo, no es posible concluir que el modelo de desarrollo chino necesariamente deberá ajustarse a lo ya conocido (democracia y capitalismo). Es decir, no es correcto mantener la creencia que modernización es sinónimo de occidentalización.

En los últimos 30 años, China está recuperando un dinamismo económico y social que ya poseía sin conocer ni ser influido por Occidente y sus instituciones. Por ello, la clave para entender el posible impacto que tendrá el

proceso de desarrollo chino no está en las cifras económicas sino en los cambios sociales que se esconden detrás de dichas cifras. Es decir, el foco de atención debe estar en cómo el desarrollo es aprehendido por la población china en virtud de la mentalidad china (sus modos de relacionarse, sus valores y creencias, sus costumbres, rituales y festivales, el rol que le dan a la familia y al grupo y a su lenguaje).

2. La Mentalidad China

China se percibe a sí misma como un territorio formado por una unidad racial que ha permanecido así por milenios. Eso no es completamente cierto. Los más de mil trescientos millones de habitantes que tiene el país no tienen un mismo origen étnico. Históricamente, existió una multiplicidad de razas pero, en la actualidad, más del 90% de sus habitantes dice ser de un origen común: ser chino han. El chino han es el resultado de una mixtura de razas del norte, sur y centro de China producto de cientos de años de migraciones internas y conquistas. No obstante, el mito del origen común racial – el que es relativamente reciente en la historia China pudiéndose rastrear hacia finales del siglo XIX – forma parte del folklore chino que ha sido potenciado con el pasar de las décadas de prosperidad.

Nada permite presagiar que una visión distinta pueda surgir en el futuro en su población. Así como sucedió con el rescate del pasado griego y romano entre la población europea, el progreso chino revitaliza el orgullo por su pasado milenario. Ese orgullo conlleva una creencia fuertemente arraigada en su población que China es el centro del mundo. Los últimos 150 años en que China estuvo estancada y parcialmente sometida al control de potencias extranjeras son interpretados como un período de desvalorización de su civilización. Por eso, en el futuro, sólo es posible esperar que se fortalecerá un rescate de su pasado y se consolidará el mito del origen común entre su población. En ello, cumple un rol central el proceso de indoctrinamiento que se da mediante el sistema educacional que, como se comenta más adelante, tiene un alto componente moral en su formación. Como ilustración, considérese que al enseñarse el proceso de formación de la actual China en las escuelas y libros de historia, las relaciones interraciales – que no siempre fueron pacíficas – no son interpretadas como conquistas de una raza sobre otras (lo que sería una interpretación natural para un observador occidental) sino como procesos de unificación de la civilización china.

Ahora bien, por más esfuerzos que se hagan por generar un sentido de unidad en una población, aquello sólo se logra si efectivamente existen trazos de cultura común sobre los cuales construir un discurso identitario. En esta segunda parte, revisamos brevemente cuatro de esas huellas: la idea de civilización China, el rol de la familia y las redes sociales, el valor moral del Estado, el sistema educacional y el lenguaje.

2.1 Civilización-Estado

Por su gran tamaño poblacional y territorial China posee una gran diversidad de costumbres y un sin número de contrastes. No obstante, existe un sentimiento de unidad ampliamente compartido por la población china a lo largo de todo su territorio. Como se indicó anteriormente, esa unidad no es multirracial como sucede en Estados Unidos (donde la identidad no se funda sobre la imagen de un pasado común, sino sobre el sentimiento de estar compartiendo el sueño americano de la libertad y esfuerzo individual que conllevaría el progreso material), sino basada en la idea de compartir un origen o pasado milenario.

Un observador casual podría pensar que China es un actor relativamente reciente en la historia humana puesto que la República Popular China fue proclamada como tal recién en 1949 tras la victoria del ejército comunista de Mao Zedong que logró reunificar el territorio chino tras más de un siglo de divisiones y ocupaciones. Pero, en el sentir de su población ese momento no es fundacional. Para el pueblo chino, los grandes hitos de su historiano tienen relación con los tiempos ni con las categorías relevantes en occidente. Por ello, la formación del Estado-nación chino no califica como momento central en su historia; al menos no por ese motivo. China posee su propio calendario y noción de la historia. Grandes episodios de la historia de Occidente (como la Revolución Francesa, la Gloriosa Revolución, la Independencia de los Estados Unidos, la Revolución Bolchevique, las dos guerras mundiales y la caída del Muro de Berlín) son pequeños momentos de una historia muy reciente a ojos chinos. Dada la historia milenaria que posee, para China, grandes momentos de su historia abarcan varios milenios, tales como: el imperio Han (206 AC al 220 DC), las dinastías Tang (del 610 al 907 DC), Song (del 960 al 1279 DC), Ming (desde 1368 a 1644 DC) y Qing (1644 a 1912), las guerras del opio contra Inglaterra en la segunda mitad del siglo XIX, la revolución de 1911 que puso fin al período Qing, la colonización japonesa entre 1931 y 1945, la revolución de 1949 (pero no porque se formara el Estado-nación, sino por la emergencia del comunismo chino) y las reformas económicas iniciadas en 1978 (Jaques, 2009).

Por lo anterior, es un error pensar a China como un Estado-nación, siendo más apropiado concebirla como una civilización-nación que ha ocupado básicamente el mismo territorio por más de tres mil años. Un territorio que, además, es vasto como un continente. En él, el valor que tienen los conceptos de unidad y armonía no pueden ser exagerados. Ellos conectan al ciudadano corriente con una cultura milenaria y es motivo de un orgullo chino que hace que la élite política y el ciudadano común por igual sientan que China es una sociedad superior. Por ello, incluso ante la adversidad, sus habitantes nunca han dejado de sentir que China es el centro de la civilización humana.

Dado el horizonte de tiempo relevante que tienen los chinos para mirarse a sí mismos, lo que ha acontecido en el mundo mientras su civilización dormía no pasa de ser un fragmento de su historia. Por cierto, un siglo de desvalorización (1840s-1940s) en el que estuvieron sometidos a la invasión de potencias extranjeras (Inglaterra y Japón). No obstante, así como sucedió en el pasado con la invasión Menchu, Mongol e India, incluso bajo el dominio externo, China nunca tuvo que adaptarse a las imposiciones foráneas; al contrario, lo recurrente fue que al invasor debió adaptarse para mantener su control sobre China ¿por qué? Precisamente por la gran escala que representa China. Curiosamente, parte central de la fortaleza como civilización que posee China es la enormidad de su territorio y la variedad de sus razas. Ambas cosas desmotivaron (o simplemente tornaron inviable) cualquier intento de los invasores por intentar impregnar a la sociedad china con las ideas e instituciones propias. Simplemente, tal empresa hubiese implicado un esfuerzo tan gigantesco como oneroso. Como resultado, los invasores siempre dejaron en la práctica que la población china siguiese sus estilos de vida y costumbres pese al sometimiento a un régimen foráneo.

Por lo anterior, en la concepción de su lugar en el mundo, el pueblo chino considera que su escala es tan grande que no existe nación ni fuerza en el mundo que realmente pueda someter al pueblo chino bajo su dominio. En forma paralela, su población siente que China es el centro y quienes deseen interactuar con ella tarde o temprano deberán reconocer esa superioridad y centralidad de su cultura y civilización. Históricamente, aquello significó entender su relación con otros pueblos como la de un centro al cual otros rinden tributos y que la armonía con aquellos descansaba en el reconocimiento de los otros de aquél orden “natural” de las cosas. En la actualidad, no se vislumbra una inserción de China que de luces sobre el resurgimiento de un orden con China al centro y el resto de los países rindiéndole tributos. No obstante, ya es un hecho que China se ha convertido en el centro neurálgico de la actividad económica en Asia y el principal motor extranjero tras el incipiente desarrollo en varias naciones africanas. Aquello se ha generado a partir de alianzas que, por ahora, adquieren un sentido

fundamentalmente comercial, pero que no podría descartarse adquieran otro cariz en el futuro, a medida que China se afiance en el concierto internacional.

2.2 Tiempo, Pragmatismo y Redes Familiares

La historia de la modernización de los estados es también la de la urbanización de su población; la cual transita desde la actividad agrícola a la producción industrial o la provisión de servicios. Junto a ese desplazamiento económico y geográfico se produce también un cambio en la concepción del tiempo y el entorno social. Las rutinas cíclicas de la vida rural se cambian por la vorágine de la ciudad y la inmediatez del presente. Históricamente, las sociedades que han pasado por ese proceso de modernización lo han hecho al ritmo de las generaciones. Un traslape generacional donde los abuelos son habitantes de las zonas rurales con baja escolaridad y que viven en un entorno predecible con pocos cambios; y los nietos viven en ciudades, tienen estudios secundarios o terciarios y forman parte de un mundo dinámico e incierto. Así es el caso de Europa y Estados Unidos. En esas zonas, la urbanización aconteció en plazos de tiempo muchos mayores a los cuales transita China hoy. Por ejemplo, a Gran Bretaña le costó 70 años de desarrollo alcanzar el estadio que a China le ha tomado treinta años. En lo que respecta a urbanización por ejemplo, hacia 1970 sólo el 17% de la población china vivía en ciudades y en la actualidad, sobre el 40% de su población vive en centros urbanos.

Nuevamente, la escala de China debe tomarse en cuenta: estamos hablando de un desplazamiento de más de 300 millones de personas desde el campo a las ciudades en menos de 30 años. La presión sobre la ciudad que ello implica es simplemente enorme, creando muchas desigualdades y desorden social a escalas nunca vistas en la Inglaterra victoriana. Pero casi tan importante como lo anterior, mientras en Inglaterra los abuelos o bisabuelos eran los que vivían la vida rural y los nietos o bisnietos los que vivían la urbe moderna; en China, son primos los que representan ambas realidades. El pasado, el presente y el futuro se entremezclan vorazmente en la China actual.

La dinámica económico-demográfica de China ha implicado en la práctica una mezcla única de generaciones en una misma familia que viven en una China muy distinta las unas de las otras. Ello ha conformado maneras de vivir y percibir el paso del tiempo que, probablemente, son distintas a las que se experimentaron en occidente durante su proceso de modernización. Así, por ejemplo, la experiencia de lo nuevo y la actitud hacia el cambio en la población china es mucho más pragmática y vertiginosa que en los ciudadanos europeos o norteamericanos. A diferencia de los anteriores los cambios no constituyen desafíos a la propia identidad (la que se encuentra anclada a la pertenencia a una cultura milenaria) sino meras situaciones.

Así como la identidad China se construye sobre la idea de pertenecer a una cultura milenaria, el vehículo para la transmisión de esa identidad son las redes familiares y sociales. En tal sentido, ser chino no es una categoría individual, sino colectiva. Como en la rutina diaria todo puede cambiar rápidamente –incluyendo la fisonomía del barrio donde se vive – la fuente de sentido y perdurabilidad no está en el mundo material que rodea al habitante chino, sino en su identidad china como parte de una civilización milenaria y las redes de pertenencia (su familia, amigos y personas con las que mantiene relaciones cara a cara). Así, por ejemplo, el *guanxi* – el uso de las redes sociales para obtener favores y apoyo recíproco – es crucial para los funcionamientos tanto del sistema económico como el político. Ambas actividades se encuentran profundamente enraizadas en relaciones sociales, de forma tal que las reglas de igualdad y no discriminación – asumidas como legítimas (o superiores) en una sociedad liberal – colisionan con las reglas de lealtad y pertenencia que son necesarias en China para darle continuidad y sentido a la propia existencia y valor a la acción económica o política.

2.3 El Valor Moral del Estado

A diferencia de otros Estados-nación, el estado chino no ha tenido que compartir el poder con una clase económica de mercantes, una burguesía, o con una institución religiosa. Por ello, su legitimidad nunca ha estado asociada a equilibrios de fuerzas o a la necesidad de construir procedimientos que doten de legitimidad ciudadana a su existencia (como las elecciones en las democracias occidentales). Entre la población china, la legitimidad del Estado no depende de procedimientos; más bien, se basa en un principio de moralidad (presente tanto en el pasado confuciano como en el presente comunista), según el que es labor del Estado mantener la unidad y la armonía de la civilización china.

Así como los ejércitos invasores sabían que para mantener su control sobre China no debían intentar mantener un control al detalle sobre el territorio; el Partido Comunista Chino también ha dejado amplios espacios de libertad a las comunidades locales en la medida que sus acciones no contravengan la autoridad centralizada. Es decir, una forma de gobierno que emula la noción de Estado tributario que existía durante los períodos imperiales. En ese sentido, el comunismo chino ha tenido mucho más cosas en común con el pasado confuciano contra el que Mao Zedong se reveló que con el comunismo soviético. El comunismo chino es menos ideológico y más pragmático que aquél.

En el origen del rol moral que cumple el Estado en la cosmovisión China existe una gran diferencia con Occidente. China no ha sufrido un quiebre cultural como el que existió en Europa en la antesala de su modernidad. Las razones de sus divisiones han estado asociadas más a conflictos producto de las ocupaciones que a divisiones internas entre sus habitantes o conflictos de poder. De este modo, el régimen mantiene un control del sistema, pero sin limitar por completo las capacidades locales. Las élites económicas en China siempre se han entendido como actores dependientes del gobierno central. Nunca ha existido en la historia de China un conjunto de individuos con poder autónomo o capacidades de contrarrestar el poder estatal. En consecuencia, las condiciones para la emergencia de movimientos civiles o grupos de interés que se opongan a las determinaciones del Estado son mínimas. Todo ello repercute en que las razones de la legitimidad del Estado Chino no radican en la delegación de soberanía de los ciudadanos en un Estado que actúe en su nombre. De hecho, la mera noción de ciudadanía como fuente de soberanía no es propia de la historia del país.

Como se mencionó anteriormente, el rol central del Estado como eje moralizante de la vida social es común al confucianismo de los tiempos dinásticos y al comunismo del régimen actual. Dicha creencia es la base de legitimidad sobre la que descansa el modelo político Chino. En este punto, Confucio (quien vivió entre el 551 y el 479 antes de Cristo) es el principal referente moral y filosófico de China en sus más de tres mil años de historia. En sus escritos, Confucio ubica al gobierno como un referente moral sobre el cual se construye y mantiene el orden y la armonía social y dada su autoridad moral, el Estado posee el legítimo derecho a intervenir activamente en la interacción social. Estas ideas están en las antípodas de la noción liberal y occidental del Estado (que en su versión más purista entiende al Estado como un mal necesario para proteger la propiedad e iniciativa privada).

Por último, no es aventurado plantearse la posibilidad que China, al concebirse a sí misma como una civilización, experimente con diversos sistemas políticos a nivel local en la medida que ellos no comprometan el sentido de unidad chino que descansa sobre la idea de un Estado central poderoso. Así, del mismo modo que la civilización occidental ha logrado dar forma a distintos regímenes políticos desde democracias unicamerales a federaciones, no es descartable que bajo la unidad del régimen chino (comunista o no) se constituyan una diversidad de experimentos socio-políticos.

2.4 La Educación y el Lenguaje

Una de las implicancias centrales de la noción de Estado en China que probablemente más nitidamente lo separa de Occidente es que allá es considerado legítimo (tanto en su tradición confucionista, como bajo el régimen comunista) que el Estado adoctrine y “moralice” a los habitantes. No se trata simplemente de dar derechos a educarse, sino de la obligación moral de formar el carácter de los estudiantes y su buen comportamiento. Tanto en las enseñanzas de Confucio como en el régimen comunista es aceptado y considerado un deber ser del Estado el que éste forme el temperamento de la población. Aquello implica formar a los menores en la obediencia hacia los mayores y la autoridad, la autodisciplina y en el perfeccionamiento de la práctica de una técnica (cualquiera sea ésta). Con dicha formación, no es casualidad que a ojos del mundo occidental, el ciudadano chino sea percibido como paciente, perseverante y trabajador.

Fundamental en la formación de dicho carácter es la enseñanza-aprendizaje de la escritura ideográfica que caracteriza su idioma. Para adquirir dominio del idioma chino se debe aprender a dibujar con precisión miles de caracteres diferentes. Pequeñas diferencias en los trazos dibujados generan cambios significados de significado. Por eso, la precisión y la práctica son pasos fundamentales para aprender a leer y escribir en China. Por ello, el aprendizaje de memoria es clave en la educación china, lo que contrasta con el impulso a la creatividad e innovación que se persigue en los sistemas educacionales occidentales. No obstante, el aprendizaje por imitación le ha permitido a China reducir la brecha tecnológica, aunque a velocidades que no ponen en riesgo la supremacía de centros de alta tecnología tanto en Boston como en Silicon Valley.

Al inicio hemos visto que la magnitud de cambios que implicaba el reciente desarrollo chino. Allí estudiamos sus similitudes y notables diferencias con respecto a toda la historia de la modernidad previa a su despegue económico y constatamos que su desarrollo reciente impone disyuntivas sobre la creencia, muy popular en Occidente, que el desarrollo de los Estados-nación a lo largo del orbe consistiría en la apropiación sucesiva de los valores, ideas e instituciones surgidas en Europa a partir del siglo XIX (cuya expresión mínima consiste en la adopción de la democracia capitalista de corte liberal). Vimos además que el despegue de China debe muy poco a Occidente. Por el contrario, el desarrollo Chino parece estar más relacionado con el resurgimiento de características que permanecieron dormidas desde inicios del siglo XIX y que constituyen lo que podríamos denominar la mentalidad china.

En esta sección hemos constatado que la mentalidad china posee rasgos distintivos que la separan de Occidente. La modernidad no ha llegado a China tras un período de crisis cultural que la ha obligado a buscar su identidad tras cada nuevo cambio. Por el contrario, la identidad anclada en un pasado milenario le permite al pueblo chino transitar frente a los vertiginosos cambios con serenidad y paciencia china. Por ende, su noción del tiempo es diferente. Fundamental para la transmisión de estas cosmovisiones es el fuerte sentido de unidad familiar. Como ilustración, mientras el disciplinamiento y la enseñanza del “buen comportamiento” en las sociedades influidas por la tradición judeo-cristiana descansa en el sentimiento de culpa; en China tal disciplina descansa en el sentido de vergüenza. Más allá de las pequeñas comunidades de pertenencia, el pueblo chino espera del Estado que asuma un rol activo en mantener la armonía y asegurar la reproducción cultural de la civilización. Todo lo anterior se logra mediante la formación en el dominio de la técnica, partiendo por el aprendizaje del propio idioma.

Hemos realizado un camino largo pero necesario para mostrar porque el despegue económico de China puede significar una reconfiguración de fuerzas en el mundo que nos aventurará en un orden nuevo. Si China sigue por el camino de desarrollo industrial por el que está transitando, en dos décadas más se transformará en la mayor economía del mundo. Y dados los antecedentes anteriormente citados, no lo hará adaptándose, cambiando y adoptando formas de vida occidentales. Por el contrario, en conjunto con el apogeo económico, aumentará la valoración de la propia identidad y de los rasgos culturales distintivos de China. Por lo anterior, para el pueblo

chino la difusión y reforzamiento de su idioma es un elemento estratégico de su inserción en el mundo. A través de él no solo forma el carácter chino, también extiende su influencia sobre otras naciones. Y para las naciones que deseen aprovechar las oportunidades que se abren con el despegue de China será fundamental entender los códigos, formas de vida y carácter del pueblo chino. Para ello será necesario conocer su idioma. A continuación abordamos los desafíos que ello implica y, de esa forma, responde a la pregunta que se plantea al comienzo del texto: por qué fomentar que los habitantes de un país como Chile aprendan chino mandarín es una apuesta que puede tener efectos de larga duración sobre el país.

3. El Chino Mandarín

Las proyecciones de crecimiento indican que China será la principal economía del mundo en veinte años más. Lo anterior en un contexto en que Estados Unidos deberá enfrentar en las próximas décadas un ajuste significativo de su patrón de gasto y una relativa disminución de su influencia y poderío (en una magnitud suficiente como para que sea visible el resurgimiento de un mundo multicéntrico como el que existió hacia finales del siglo XIX). Por los rasgos descritos en las páginas anteriores, la modernidad china desafía la creencia que modernidad y occidentalización son lo mismo. Por ello, una China desarrollada, con su autoimagen de centralidad en el mundo y su orgullo por poseer una civilización milenaria, necesariamente desafiará los moldes con los que se interpreta el mundo actual. Estas perspectivas explican el creciente interés por entender mejor a esta potencia que permaneció dormida se occidentalizaba. Así mismo, explica porque las propias autoridades de China desean expandir su influencia sobre el resto del planeta sin que ello signifique colonizar o imponerse militarmente.

En ese contexto, saber el idioma chino tendrá un impacto de larga duración sobre el propio bienestar de quienes inviertan en ello. No sólo por las obvias oportunidades de negocios que se abre al poder hablarle a China en su propio idioma, sino por las aún más importantes razones de poder entender una civilización que se está desarrollando pese a no seguir el molde occidental de desarrollo y, así estar en condiciones de visualizar los nuevos equilibrios y desequilibrios mundiales que se avecinan.

El idioma chino necesariamente se transformará en uno mucho más influyente de lo que ha sido hasta ahora en el resto del mundo porque a medida que China siga creciendo, más y más países desearán entender mejor su cultura. Ahora bien, no existe un único idioma chino, pero sí un único set de caracteres chinos para sus diversas formas (mandarín, cantonés, wu y min). Entre ellas, la más popular es el mandarín, el cual es hablado por más de mil millones de personas. De hecho, el mandarín es la lengua en la que se establecen los negocios en el Asia del Este.

Existen varias razones para pensar que el inglés seguirá siendo la lengua principal para los negocios, la ciencia y la diplomacia en el horizonte previsible. No obstante, esto no significa que otros idiomas (y en especial el chino mandarín) declinarán o se transformarán influenciados por el inglés. Utilizando datos demográficos mundiales, Graddol (2004) postula que las tendencias poblacionales del siglo XX y las proyecciones para el siglo XXI sugieren que el porcentaje de hablantes de inglés como primera lengua declinarán hasta un 5% de la población mundial hacia el 2050 (a mediados del siglo XX era de un 9%) y el chino mandarín continuará siendo el idioma más hablado como primera lengua en el mundo. Según Graddol (2004) es posible apostar a que el futuro será más multi-idomático. Es decir, un mundo en el que el inglés perderá lentamente su posición dominante.

A su vez, a medida que continúe el proceso de acelerado crecimiento que ha experimentado China, el mandarín se irá convirtiendo en el idioma a aprender en muchos países, especialmente en otras naciones asiáticas. Los idiomas nativos de Japón, Corea y Malayo tienen mucho más en común con el Chino-mandarín que con el inglés.

Por ese motivo, ya se está produciendo un proceso de expansión de la enseñanza del chino-mandarín en la región. En Japón, el número de escuelas que ofrecen mandarín en su currículum se han más que triplicado desde mediados de la década de 1990, al punto que el chino mandarín es la segunda lengua extranjera más hablada después del inglés (Ramzy, 2006). En Corea del Sur su enseñanza ha pasado a ser obligatoria en los colegios y más de trece mil estudiantes surcoreanos estudian en universidades chinas (constituyendo el grupo de estudiantes extranjeros más numeroso en china según origen, véase Ding 2008). En Indonesia, se produjo una explosión de interés por cursos de mandarín después que el presidente Abdurrahman Wahid levantó la prohibición por enseñarlo existente desde el gobierno de Suharto. En Singapur, el aprendizaje del mandarín es vigorosamente promovido por las autoridades.

China posee actualmente 190.000 estudiantes extranjeros en su red de educación superior (75-80% de los estudiantes son de Asia), ofreciendo más 70 millones de dólares en becas a más de 185 países en el mundo. Por otra parte en el año 2010, 1.27 millones de alumnos chinos siguen estudios de educación superior en el mundo.

En Europa las estadísticas favorecen la enseñanza del mandarín. La Universidad Autónoma de Madrid toma exámenes de acreditación de nivel de mandarín (HSK), contando al 2008 con más de 300 participantes de todas las edades. Las motivaciones son variadas: negocios, turismo, estudios.

En Inglaterra, ya se encuentra en funcionamiento, desde el año 2006, en algunos establecimientos primarios y secundarios la enseñanza del mandarín (entre 10 y 13% de los establecimientos de educación primaria y secundaria privada o estatal, proveen al alumnado de algún tipo de enseñanza del mandarín) la que se ha unido al francés, español y latín. China ya tiene una economía más poderosa que Gran Bretaña y están enseñando aceleradamente inglés, lo novedoso es que ahora también se está estudiando chino mandarín a las nuevas generaciones en Inglaterra.

Por otro lado, Francia cuenta con 27 universidades que han abierto algún curso o carrera de mandarín. De igual manera se hace en establecimientos secundarios. Al año 2004 más de 9.000 estudiantes franceses solicitaron visas de estudio para China.

Fuera del continente asiático, los estudiantes de mandarín en Gran Bretaña aumentaron cerca de un 60% en la primera mitad de la década pasada. En algunas escuelas estudiar mandarín es obligatorio desde los 10 años. En París, el número de estudiantes que eligieron aprender mandarín se elevó en un 170% entre 1994 y el 2002 y en la actualidad, Francia es el país donde más personas están tomando test de proficiencia en chino mandarín en el mundo. En Estados Unidos, el interés por aprender chino mandarín (4% de las escuelas) sigue siendo menor en términos absolutos en comparación con el aprendizaje del español (93% de las escuelas) o el francés (46 % de las escuelas), pero China se ha transformado en el destino con mayor crecimiento en el número de estudiantes de intercambio norteamericanos (al respecto, Graddol, 2004, pronostica que mandarín será el idioma que atraerá más estudiantes durante las próximas décadas en todo el mundo desarrollado). Con todo, en los últimos 10 años la enseñanza del mandarín se ha multiplicado por 10, mientras el francés y alemán pierden seguidores. El año 1997 un 64% y un 24% de las escuelas ofrecían francés y alemán respectivamente, observándose que para el 2008 esos números habían retrocedido al 46% y al 14% (*Foreign Language Teaching in U.S. Schools: Results of a National Survey 2009*). En el congreso de Panamá está en discusión la obligatoriedad de la enseñanza del chino mandarín en las escuelas (China es el principal usuario del canal de Panamá).

Según Ding (2008), el número de no-nativos aprendiendo chino mandarín en el mundo alcanzaba a 13 millones de personas. Más de 2300 universidades a lo largo de casi 100 países ofrecen en la actualidad cursos de mandarín en sus currículos. Si ese proceso continúa, el mandarín, la lengua más hablada en el mundo como primer idioma pasará también a ser la lengua más hablada como segundo idioma. Estas tendencias ya están

siendo valoradas en los mercados: una encuesta entre profesionales del área de recursos humanos de empresas en Australia y Nueva Zelanda arrojó que sobre el 38% de los especialistas esperaban que el chino mandarín se transformará en la lengua más valiosa en los negocios en las próximas décadas (Ding, 2008). En suma, sería incorrecto pensar que el proceso de evolución del chino mandarín apunta hacia su declinación. Así como sería incorrecto concluir que China terminará adoptando los valores e instituciones de Occidente.

El gobierno chino ha hecho grandes esfuerzos por transformar al chino mandarín en el idioma de los negocios en el sudeste asiático, para expandir el uso del idioma a lo largo del planeta, expandir su influencia y reducir las reticencias que existen en países influidos por Occidente sobre el sistema de gobierno chino. En 1987, el gobierno chino creó la Oficina Nacional para la Enseñanza del Chino como Lengua Extranjera. Durante los últimos quince años, más de seis mil personas han sido certificadas como profesores capacitados en la enseñanza del mandarín como lengua extranjera. A su vez, China creó un plan de voluntarios (el Programa de Voluntarios como Profesores Internacionales de Chino) como un mecanismo de acelerar el proceso de difusión del idioma. Con la combinación de profesores y voluntarios, hacia el 2006, China logró enviar 1004 profesores a ocho países y 1050 voluntarios a 34 países. El 2004, el Consejo de Estado Chino aprobó el proyecto de puentes chinos consistente en la formación de los Institutos Confucio destinados a la difusión de la cultura china en otros países. Hacia el 2010, ya se habían creado más de 322 institutos y 369 aulas en 91 países en todo el orbe.

Por último, 38 millones de chinos repartidos por el mundo también contribuyen a la difusión del mandarín debido a que los emigrantes mantienen fuertes lazos con China. Ello ha sido aprovechado e impulsado por el gobierno chino otorgando acceso a cursos de pre y postgrado para chinos en el extranjero en áreas relacionadas con el lenguaje chino y la literatura tradicional china.

En suma, el despertar económico de China no es un epifenómeno del mundo actual. Su desarrollo traerá a la par un aumento de su influencia. Como China es una civilización que permaneció al margen del desarrollo de la época moderna, su actual proceso de desarrollo debe poco a lo que la humanidad ha aprendido de Occidente y mucho a condiciones internas de su cultura que permanecieron dormidas por doscientos años. Cuando en 1978, el gobierno comunista chino optó por facilitar el desarrollo de mercados y abrió espacio al desarrollo capitalista, el éxito fue inmediato porque aquello no era ajeno a una sociedad que gozaba de ser la zona más desarrollada del planeta doscientos años antes. China sigue siendo un país en vías de desarrollo, con grandes contrastes y acelerada transformación. Es posible que en su proceso de desarrollo se produzcan tensiones políticas que permitan el surgimiento de alternativas de gobierno más parecidas a las de Occidente. No obstante, no hay ninguna garantía de que aquello ocurra. Fundamentalmente, porque en el origen del Estado chino no existe una ruptura cultural como la que caracterizó a Europa en el siglo XIX.

Por eso, el proceso de modernización de China tiene mucho más de expansión cultural de una sociedad que se entiende a sí misma como una raza homogénea con un sentido del tiempo mucho menos inmediatista y enfocado al presente del que existe en occidente. Para entender a esta sociedad llena de contrastes es necesario comprender las continuidades que conlleva el poseer una cultura milenaria. El vehículo de acceso a ese vasto mundo es el chino mandarín.

No es aventurado adelantar que el chino mandarín, el idioma con mayor número de nativos parlantes en el mundo, evolucionará hacia ser lengua franca en muchos aspectos de la relación entre naciones, especialmente en Asia. Entender el chino mandarín tiene efectos que van más allá de las oportunidades de negocios. El aprendizaje del chino requiere memorizar miles de caracteres, un proceso que forma el carácter del pueblo chino y que es central para comprender su visión del mundo y su relacionarse con otros. Los países que se aventuren a formar parte de su población en el aprendizaje del chino mandarín, probablemente estarán un paso adelante en el

acceso a las oportunidades que se abrirán en el nuevo orden multipolar que está adquiriendo forma en el siglo XXI.

4. ¿Qué se ha hecho en Chile?

Los vínculos entre América Latina y China eran muy limitados cuando en 1990, el entonces presidente Yang Shangkum, visitó cinco países de América Latina, entre ellos Chile. A partir de ese momento, se intensificaron las relaciones comerciales y políticas con la región. América Latina es todavía un mercado modesto para China, sin embargo, las relaciones comerciales bilaterales han crecido vigorosamente en la presente década.

El dinamismo de la economía china y el interés de sus autoridades y empresarios han estimulado las exportaciones latinoamericanas y simultáneamente ha contribuido a atraer inversiones directas en proyectos de extracción de recursos naturales. Pero, por otra parte, también está presente el interés de las empresas chinas en América Latina para ampliar sus espacios de mercado para las crecientes exportaciones, cada vez más diversificadas.

Finalmente, debemos valorar el interés de la política exterior china por tener una diplomacia más activa en América Latina, demostrando con ello su voluntad de convertirse en potencia mundial y no sólo regional. En este sentido, al manifiesto interés de China en APEC se une a su participación en el G-20, grupo de países con posiciones comunes en las negociaciones comerciales multilaterales, liderado por Brasil, y del que Chile también es miembro activo.

Nuestro país también ha optado por una profunda inserción en la economía mundial. Entonces, nuestros acuerdos comerciales abren camino para la construcción de una relación especial e inédita con China y sus empresarios. En consecuencia, se abren espacios para generar vigorosas inversiones e integración entre Asia y América Latina.

“Chile país-plataforma” intenta estimular a empresarios chinos para que procesen y exporten desde territorio chileno, aprovechando los beneficios de apertura de mercado que hemos negociado con los países de América Latina.

4.1 Relaciones entre Chile y China

Noticias de los primeros chinos que llegaron al país se tienen desde 1850. La relación de amistad con China se extiende por casi un siglo, ya en 1915 se suscribió un Tratado de Amistad que dio inicio a un incipiente proceso de conocimiento e intercambio. Un paso fundamental fue el establecimiento de relaciones diplomáticas durante el Gobierno del Presidente Salvador Allende, siendo Chile el primer país de América del Sur en establecer este tipo de relaciones con China.

En el ámbito económico, Chile y China son socios en la Cuenca del Pacífico y participan de los mismos mecanismos de cooperación allí establecidos. Además existen otras instancias de diálogo en espacios multilaterales como el Foro de Cooperación Económica del Asia Pacífico (APEC), el Consejo de Cooperación Económica del Pacífico (PECC), el Consejo Económico de la Cuenca del Pacífico (PBEC) y el Foro de América Latina- Asia del Este (FALAE). Sin duda, el logro más importante en materia de cooperación económica es la

suscripción del Tratado de Libre Comercio entre ambos países, el cual da cuenta de la voluntad de los Gobiernos por fortalecer los vínculos económicos, pero también de consolidar el desarrollo de una base tecnológica, cultural y educativa que beneficie a ambos países. Este tratado ha permitido en el ámbito comercial llegar a un intercambio comercial de 17 mil millones de dólares el año 2010.

Se cuenta con la apertura del mercado chino a determinados productos frutícolas y pecuarios de nuestro país y el ingreso al mercado chileno para las manzanas chinas. Especialmente destacable es la alianza estratégica del cobre que se ha consolidado entre ambos países. Chile es el mayor productor de este metal en el mundo y China su cliente individual más importante. Chile garantizará el suministro de más de 55 mil toneladas anuales de cobre durante al menos 15 años. Esto es parte del acuerdo suscrito entre la empresa estatal chilena Codelco y la comercializadora estatal Minmetals de China. La proyección de Codelco es que la demanda china de cobre seguirá aumentando (se calcula que en unas 300 mil toneladas anuales). El mayor interés está dado, también, por las posibilidades de inversión de empresas chinas en la producción de cobre, así como la instalación en ese país de empresas navieras de connacionales.

4.2 El tratado de Libre Comercio

En el capítulo XIII del Tratado de Libre Comercio entre China y Chile, que trata sobre la cooperación; en su artículo 104 establece, entre otras cosas, “el reforzamiento y la expansión de la cooperación, colaboración y mutuo intercambio de sus áreas culturales”. Este artículo reafirma todas las formas de cooperación, con especial atención en lo económico, financiero, tecnológico, educacional y cultural; esto contribuirá a los objetivos y principios derivados de este acuerdo.

Se debe destacar que en este capítulo, en su artículo 107, establece la especificidad de los acuerdos sobre educación. Este artículo tiene tres intereses generales. El primero acerca de la construcción de la existencia de acuerdos de cooperación en educación, promoviendo las redes de trabajo, el entendimiento mutuo y el acercamiento de las relaciones de trabajo en el área de educación.

El segundo propósito es facilitar los apropiados intercambios entre sus respectivas instituciones, organizaciones y agencias relacionadas con la educación; esto implica la certeza de la calidad de los procesos en el sistema educativo, por ejemplo de la educación a distancia y on line, de la educación básica, media, superior y colaboración en el perfeccionamiento industrial y técnico.

El tercer propósito nos habla de los focos de la cooperación en educación, es decir, intercambio de información, ayuda técnica y demostración de materiales, planificación e implementación de programas y proyectos, desarrollo y colaboración en el perfeccionamiento a través de estudios de pre y postgrado, intercambio de profesores y estudiantes en relación a los programas de mutuo beneficio.

En el marco del sistema y políticas educativas, es el entendimiento de la información relevante para la interpretación y evaluación de calificaciones, lo que debe direccionar y potenciar los discursos entre instituciones de alto aprendizaje y acreditadas, con la finalidad de la transferencia mutua de los créditos académicos y la posibilidad del reconocimiento de los títulos profesionales; la colaboración en el desarrollo en la calidad de la innovación de los recursos en los soportes y bases de aprendizaje y el desarrollo y perfeccionamiento profesional de los profesores de educación.

4.3 Enseñanza de Mandarín en Chile

En Chile se está desarrollando una incipiente política de idiomas. Hasta la década de los '60 para graduarse de enseñanza media había que someterse a una prueba de idioma (al azar: inglés o francés), el año 1967 se eliminó la prueba de idioma. Con todo a comienzos de los 70 Chile participó de una evaluación internacional donde se midió el nivel de inglés y francés de nuestros estudiantes. Los resultados no fueron buenos, tampoco impulsaron el sentido de urgencia para la alineación de la enseñanza con estándares internacionales.

Si bien en el siglo XIX nadie se consideraba plenamente educado ni accedía a las posiciones de privilegio sin el dominio del francés, durante el siglo XX era necesario el inglés todo indica que para este siglo se precisa apostar por plurilingüismo. Allí el mandarín ya está siendo considerado.

La reunión de la APEC en Santiago significó dos hitos importantes. Se firmó el Tratado de Libre Comercio y un Memorando de entendimiento para la educación. Al año siguiente llegaron 2 profesoras de Mandarín para atender a 3 escuelas y 200 alumnos. Los establecimientos municipalizados que participaron del proyecto fueron: Liceo Marta Brunet de Chillán, Liceo José Francisco Vergara de Viña del Mar, Liceo Francisco Araya Bennett de Valparaíso y Liceo Experimental de la Universidad de Magallanes de Punta Arenas. El principal promotor de la iniciativa, el Ministro Sergio Bitar encargó a la Oficina de Relaciones Internacionales del Ministerio de Educación se transformara en la conductora de esta iniciativa, la que al tercer año de funcionamiento tenía a 3 docentes chinos atendiendo a 350 alumnos en 4 liceos. A nivel Universitario se instalaban dos Institutos de Confucio en la Universidad Católica y Santo Tomás. El año 2008, se creó el Programa de Chino Mandarín al alero del Programa Idiomas Abren Puertas del Mineduc. Para el año 2010 se encontraban en Chile 11 docentes de mandarín enviados por el Gobierno de China, se organizaron competencias de diálogos en mandarín. Así, en 6 años los liceos que participaban eran 26, llegando a 3500 alumnos.

Una vez finalizada la primera etapa se tomó un examen que buscaba medir el nivel del idioma mediante el test Young Chinese Test (YCT) y al mismo tiempo, entregar - a los que aprobaran - una acreditación oficial e internacional. Esta aplicación contó con el apoyo del Centro de Cultura Chino de Santiago, autorizados para tomar este examen en Chile.

El examen se aplicó a 140 alumnos. El 38% de los participantes obtuvo la más alta categorización dentro del Nivel básico: Grado 1, Nivel 1. Los resultados tuvieron efectos inmediatos. El gobierno de China, apreció los avances de la estrategia y a través de la Directora de la Oficina Internacional de Difusión del Chino Mandarín Han Ban, Dra. Xu Lin ofreció a la Ministra de Educación, Mónica Jiménez, que aquellos que habían obtenido el puntaje 100% serían invitados a China, al Campamentos Juvenil. Solo un año antes durante la visita del Mineduc al Han Ban en Beijing se había desestimado que chilenos pudieran participar, pues si bien se reconocía el interés, no sería útil invitar a un campamento a alumnos que no hubieran alcanzado el manejo básico del idioma. Los incentivos estimulan, así 15 jóvenes chilenos partieron por primera vez a los campamentos en diciembre del año 2009. En Santiago se celebró el esfuerzo de los alumnos y de los docentes chinos y chilenos, si se puede aprender chino mandarín, era la conclusión.

Todo este esfuerzo no se perdió con el cambio de gobierno y autoridades en el Mineduc. La enseñanza del chino mandarín sigue siendo una prioridad y se continua ampliando el número de estudiantes de este idioma, pese a las dificultades que significaron los efectos del terremoto y las necesidades de reconstrucción de establecimientos educacionales el año 2010.

Como evidencia de lo anterior se puede consignar la llegada de una nueva delegación de docentes chinos el año 2011, con la cual el número de docentes de ese idioma alcanza a 27, para 29 establecimientos educacionales. Esos docentes fueron debidamente capacitados en las particularidades del sistema educacional chileno.

Asimismo, un grupo de 18 estudiantes de chino mandarín en escuelas públicas participaron en mayo pasado en el IV Concurso de Chino Mandarín “Puente Chino” para estudiantes de Enseñanza Media, ocasión en la cual, entre otras actividades, tuvieron que presentar un discurso de 3 minutos en idioma chino mandarín. Los 3 mejores alumnos representarán a Chile en la final mundial de este Concurso, que se realizará en octubre próximo en la República Popular China.

Del mismo modo, HANBAN destinó 21 cupos este año para que estudiantes chilenos que hayan obtenido altos puntajes en el test de medición del chino mandarín el año 2010 puedan participar por 10 días en el Campamento de Verano que se realizará en Beijing en agosto de 2011. Durante el segundo semestre del año se aplicará nuevamente el test.

Finalmente, se ha continuado avanzando en los aspectos legales necesarios para poder instalar una Oficina del Instituto Confucio en el Ministerio de Educación de Chile, lo que permitirá coordinar de mejor forma todos los esfuerzos que realizan los gobiernos de Chile y la República Popular China para promover la enseñanza del idioma chino mandarín en Chile. Lo anterior reforzará la alianza cultural entre Chile y China, en directo beneficio de los jóvenes de ambos países.

Referencias:

- Adshead, Samuel: *China in World History*, Macmillian Press, Tercera Edición, 2000
- Fallows, James: How America Can Rise Again. *The Atlantic Monthly*, Jan-Feb, 2010.
<http://www.theatlantic.com/doc/print/201001/american-decline>
- Ferguson, Niall: “The decade the world tilted east” *Financial Times*, 27 de diciembre del 2009.
- Fukuyama, Francis: *The End of History and the Last Man*, 1992, Ed. Penguin
- Graddol, David: “The Future of Language” *Science*, Vol. 303 (5662), p 1329-1331, 2004
- Plate, Tom: “China Matters –one way or another” *Business Time*, Singapore, p.12, 1999.
- Pomeranz, Kenneth : *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy*. Princeton University Press, 2000.
- Ramzy, Austin: “Get Ahead, Learn Mandarin” *Time Magazine – Asia*, June 19, 2006.



UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ
ESCUELA DE GOBIERNO

